

CONTESTACION DEL ACADEMICO
Dr. ALEJANDRO URBANEJA ACHELPOHL

Honorables académicos,

damas,

señores:

Los miembros de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales estamos de plácemes por contar entre nosotros a este forjador de la cultura, que hemos celebrado con aplauso caluroso después de oírle en el tema sobre la transformación del pueblo venezolano

Vivimos en un mundo de contrastes que forman la trama de la vida, desde las que ocurren en las cosas más triviales, hasta la grave de venir el discípulo a responder al maestro. Alegría de mi adolescencia fué, ayer nomás por la clara visión del pasado feliz, que él otro muchacho ya de aulas universitarias nos enseñara a un grupo de escolares las primeras lecciones de Literatura en el Colegio Nacional que regentaba el doctor Luis Espelozín, uno de aquellos modeladores de ciudadanos para la Patria, cuyo ejemplo debe estar presente como estímulo continuo a las meditaciones científicas, y a que sea nuestra guía, la virtud.

El doctor Eduardo Arroyo Lameda ocupará en la Academia el sillón vacío por la pérdida del doctor Julio Blanco Uztáriz, la cual disminuye para Venezuela, la fila en guardia de sus altos valores. Pontífice fué en la Ciencia del Derecho, fulgurante en las regiones del idealismo en estos tiempos que está de moda el ultraje a la rectitud y a la belleza, defendidas en el substracto de las conciencias firmes contra los ímpetus del vicio y de la vulgaridad.

Con análisis penetrante se coloca el ilustre recipien-

rio en terreno positivo para pasar revista a diversas manifestaciones del alma nacional. Por debajo de las apariencias profundiza en lo real para señalar el error en que han incurrido los partidarios del inmovilismo, ya sombrío, ya risueño, de Venezuela. Si bien con sagacidad advierte: que es ley natural que las naciones en épocas favorables se entreguen al narcisismo, en las desfavorables, se denigren y exhiban lastimosamente. Ante el fenómeno social que la inspira una deleitable prosa afirma que entre los extremos, necesidad hay de la autocrítica, esto es, del juicio sereno de la sociedad para comparar el haber de todos los valores espirituales y materiales de ésta con el deber de todos sus factores negativos que la destruyen. La escena de la oposición, lo conduce al campo de la experiencia basada en los hechos.

Se nos muestra Arroyo Lameda que une a su galardón de abogado sus dotes de literato, con lenguaje que brilla por la luz de las ideas en el conocimiento de los fenómenos sociales. Nada hay de incompatible en el soñador, el pensador, por haber hermandad, y profana quien la desconozca, entre el Arte y la Ciencia, entre la sonora rotundidad de la frase y la verdad que pone a palpitar. Se afeca la verdad que ahoga la expresión inacabada: está destinada a morir, aún cuando pueda después descubrirla allí prisionera algún espíritu selecto, ponerle alas y echarla a volar en el tiempo y en el espacio con la magia del estilo. La emoción estética de la idea, que genera el amor a la Ciencia, y en su desnudez brota a los labios, por humanizada se generaliza e ilumina con su canto la aurora del futuro.

Nos señala Arroyo Lameda lo injustificado de ordenar las civilizaciones por generaciones biológicas, en vez de ordenarlas por generaciones ideológicas. Nada más atinado juzgamos que fijarse para el estudio de las civilizaciones antes que en el lazo del parentesco que vincula a los coetáneos de una época con sus progenitores, en la base ideológica de aquellos que han dejado huella en la historia.

Pero, con ese aserto no llegamos a admitir el divorcio absoluto entre la Biología y la Sociología. La Psicología tiene fundamento biológico, y el alma humana que constituye su objeto, es causa eficiente de la vida social, determinante de un orden de ideas. El progreso ideológico es de variable intermitencia. Esta variable intermitencia como hija del caso fortuito en brazos de la Diosa Fortuna es una pura ilusión ante la realidad de la influencia de múltiples factores del ambiente externo y de las diversas constituciones de los seres humanos, circunstancias todas que se combinan para producir en ciertos momentos de la evolución de los pueblos, manifestaciones de superación que encarna un grupo representativo en su obra vasta y floreciente. A veces en uno de los grupos, han convergido las circunstancias de tal modo, que lo imponen como extraordinario por su intelecto y voluntad: es el genio, que aparece a su hora, reconocido para llevar a cabo su misión de señalar rumbos y de aliviar las dolencias de la humanidad. Si la naturaleza llega a oponérsele, la desafía con un sublime grito de lirismo. Y al hablar así, ya late lleno de orgullo nuestro corazón venezolano, sin llegar a decir el nombre de aquel que aprendimos a pronunciar con el de Dios desde la infancia, el de aquél que es el espíritu supremo de la Patria, el mismo que vincula a toda la América en la conciencia de su propio destino, como amparo y esperanza del mundo.

Invoca el ilustre recipiendario del principio del mejoramiento gradual de las comunidades, de los pueblos, de las naciones. Y al hacer esa invocación habla de los indiscutibles adelantos de Venezuela. El primero de todos, el de la extinción de las guerras civiles.

Emancipados de la Madre Patria, entramos en el período de las guerras civiles. Extenso el territorio nacional y en él diseminada la escasa población en grupos aislados, quedaron esos grupos expuestos a la imposición del más fuerte, y se generó en consecuencia el caudillismo con jefes

de las distintas regiones del país, quienes proclamaban ideales en programas revolucionarios, que después del triunfo en los campos de batalla y del afianzamiento con el ropaje de la legalidad, eran desconocidos en su ejecución. Los ideales traicionados hicieron morir la fe en las guerras civiles. El armamento moderno y las últimas invenciones en manos de los gobiernos las imposibilitó materialmente.

Nos preguntamos también con el ilustre recipiendario: ¿Llegará algún día en que se den por terminadas igualmente las guerras internacionales? En el terreno de las conjeturas nos inclinamos por la respuesta afirmativa. En la actualidad las Naciones Occidentales se han agrupado con la poderosa Nación de los Estados Unidos de Norte América frente a la Rusia Comunista y sus satélites. El comunismo es una doctrina personificada en la Historia de la Filosofía, siglos anteriores al de Jesucristo, por Platón en Grecia. Enseñó este filósofo que: "Todo debería ser común a todos, hasta los ojos, las orejas y las manos"; que "el individuo no es nada, el Estado es todo"; que "la propiedad es lo tuyo y lo mío, y por consiguiente, lo particular, lo individual, debe borrarse ante la unidad ideal del Estado".

La Rusia Comunista, integrada por diversos Estados. constituye la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. fundada en la doctrina de Carlos Marx que niega los derechos individuales y afirma la omnipotencia del Estado. para establecer la dictadura del proletariado, aun cuando en la Unión Soviética se entroniza en una oligarquía que fomenta en todos los países del mundo, por medio de una organización internacional en Moscú, la lucha de obreros contra patronos y el desconocimiento de la fe en Cristo. Pero, en la lucha de clases está el odio; en la fe en Cristo. el amor. Y el cristianismo en la historia siempre ha salvado a la civilización, porque no consiente reposo hasta vencer a las bajas pasiones con el ennoblecimiento de las almas, que es el triunfo del amor. Entonces reinará la rec-

titud y la justicia para todos en el mundo, con la desaparición de las guerras internacionales.

Para defenderse de la penetración de ideas cristianas y democráticas de las otras Naciones, la Rusia Comunista se ha rodeado por virtud de una numerosa policía interna y fronteriza del murallón de aislamiento de que nos habla el ilustre recipiendario al aludir a la Alemania de Hitler y a la Italia de Mussolini. Con el nombre de "cortina de hierro" ha sido consagrado por políticos y publicistas. No obstante, las ideas del mundo libre con fuerzas arrolladoras atraviesan el murallón comunista, y por millares: hombres, mujeres y niños, escapan de aquella forma de esclavitud contemporánea. Son batallas que en la paz actual ensombrecida de temores a hundirse el globo que habitamos por hecatombes atómicas, ganan el Cristianismo y la Democracia al choque de las doctrinas de uno y otro bando, incompatibles para la concordia en el desenvolvimiento de la civilización.

El comunismo como señuelo seductor para las masas populares, proclama lograr la quimérica igualdad de hecho entre todos con solo establecer la igualdad económica. En la antigüedad, dos sangrientas historias, la primera en Grecia, la segunda en Roma, de luchas de pobres y ricos condujeron al despotismo, que es la forma en que esas luchas suelen terminar, incontenibles a la voz de la prudencia entre los partidos extremos. Y en verdad, comunmente, ¿De qué vale la prudencia de los pocos al oponerse a las pasiones encendidas de los muchos, que no sea el desprestigio por miedo o timidez? Sin embargo, ... peor es callar cuando el deber ordena decir.

La Naturaleza es heterogénea; aunque seres y cosas se enlacen por tener rasgos comunes, y en la causa primera por el mismo principio. cada uno o una tiene sus particularidades inherentes. La observación más elemental consagra la certeza del dicho: "no son iguales dos hojas de un

mismo árbol". Entre las diferencias naturales de los seres humanos, la de la capacidad para las diversas actividades de la vida, sólo la muerte puede eliminarla; por lo que mientras esa diferencia exista, habrán desigualdades sociales, y unos con más y otros con menos.

Justifíquese la propiedad privada ya por ser impretermitible para llenar las necesidades fisiológicas y psíquicas del individuo humano; ya por constituir el producto del trabajo, la extensión de la personalidad; ya por motivo de utilidad social, como el más enérgico estimulante de la producción: no se extreme el concepto de la propiedad privada bajo el sentimiento egoísta de sólo absolutamente para su dueño, y se quitará la principal bandera al comunismo.

La limitación no es una novedad que sorprende en estos tiempos. En la Roma de la Historia Antigua llegó a definirse el derecho como "el arte de lo bueno y de lo equitativo". Enseñanza propia del gran pueblo civilizador, cuya sabiduría derramó sobre el mundo, y aún el mundo por ella hace Justicia. En la España de las Siete Partidas, se concibió la propiedad, según la Ley 1ª, Título 38, de la Tercera, como: "señorío o poder que el hombre tiene en su cosa para hacer de ella o en ella, lo que quisiese, según Dios y según fuero". Es la admisión en el precepto legislativo de la filosofía de la parábola bíblica "El rico avariento", la cual vino a domar la rudeza de las costumbres medioevales en la mezquindad de los corazones. Y nuestro último Código Civil, en forma explícita trae la teoría del abuso del derecho, que busca el principio vivificador de la raíz jurídica fundamental a fin de impedir la muerte de la Justicia en fallos inmorales de acuerdo con la Ley.

Por carecer el legislador del don de hacer milagros para suprimir las diferencias naturales entre los seres humanos, no le es dado establecer entre éstos la igualdad económica. La igualdad sólo puede establecerla frente a la Ley,

esto es, la igualdad de posibilidades. En forma alguna peccan los Estados modernos de comunistas, cuando por medio de la asistencia social y de la educación pública, tratan de poner una misma línea de salida, como en el hípico deporte, para que aventaje el de mayor capacidad. Si el legislador pretendiera establecer la igualdad de hecho en la Ley, afectaría las capacidades superiores de los seres humanos, sin levantar con tal propósito irrealizable a la masa desprovista de ellas, la cual por el contrario se dañaría con la inactividad y cohibición de sus figuras ejemplares, expresiones de vanguardia, luces en el comercio, la industria, el arte, la ciencia, que mal pueden ser sustituidas por el Estado sin convertirse éste en monstruo torturador del pensamiento en el pueblo sumiso bajo el yugo igualitario.

Más, por cuanto para el surgimiento de las figuras ejemplares es indispensable el factor de la masa popular, aquéllas son deudoras a ésta en el grado de sus alcanzadas superioridades. En la complicada fragua social, sus componentes tiene cada uno su razón de ser y su función específica; la obra de todos se determina por la resultante común. Es la sociedad cual nave que para su estabilidad y avance en el piélago insondable hacia el porvenir, requiere hasta el diminuto espiral de bronce al parecer sin importancia que ajusta las piezas en la armazón sobre la quilla. Bien dijo Menenio Agripa en el Monte Sacro, en los primeros tiempos de la República Romana, para convencer a los plebeyos de por qué debían volverse a unir con los patricios: "Si las manos se negaran a llevar los alimentos a la boca, las demás partes del cuerpo se paralizarían". Elocuente expresión de una verdad en forma gráfica, simple y eterna. Aun cuando hoy con el imperio de la democracia, no hablemos sino de diferencias naturales entre los miembros de la sociedad, y rindamos culto a ciudadanos de muy humilde origen que por sus talentos y virtudes subieron en la escala de la valoración social, y gozar así, del aprecio y admiración de pueblos agradecidos, para vivir con honor y fama en la historia.

Con natural modestia que lo enaltece por encima de la vanidad en la cual sólo se encumbran muchos, nos declara Arroyo Lameda en frases de su suave y buen decir: "No digo que merezca el premio, pero alivio mis escrúpulos al pensar que si la institución se dignó elegirme es por estimar que de algo serviré en su seno, donde al lado de las empresas para los grandes existen los quehaceres para los pequeños".

Desde luego, que no es el caso él, quien con su pluma movida bajo el concierto de las musas ha hecho obra cultural de Patria de tan aquilatados méritos, que por fuerza, aun contra su natural modestia, lo ha traído a la Academia.

Si bien creemos que los pequeños y los grandes, éstos y aquéllos en los sitios que les corresponden por sus respectivas capacidades inherentes, no admiten recíproca renovación, so pena de causar trastornos y retroceso en la vida de los pueblos. El orden entre los miembros de la sociedad lo impone la ley universal de la armonía. La dignidad está en la colaboración de cada quien en el límite mayor de su propio esfuerzo para la felicidad de todos, aunque a veces la vanidad que corroe los espíritus con exaltaciones de un egoísmo enfermo, impida ver la formidable y positiva labor de los pequeños.

Falta elevación moral a la humanidad para abatir los sentimientos que la pervierten, causa de las manifestaciones antisociales que amenazan con la destrucción total de la cultura; por lo que es necesario avivar con toda energía el mejoramiento psicológico de los seres humanos, en el orden de sus respectivas capacidades que la Naturaleza con-

sagra, sin envidia a los grandes ni menosprecio a los pequeños; pero, con benevolencia entre todos contra las aberraciones del yo, y hacer de la generosidad cuando las situaciones lo exijan, normas en leyes imperativas, para que el mundo al solidarizarse por la inspiración de la palabra divina: "amaos los unos a los otros", despierte a la moral cristiana, que es la moral de las Democracias!

Alejandro Urbaneja Achelpohl.
